

**“NI MAL-PENSADAS, NI HISTÉRICAS, NI LOCAS”:
SOBRE LAS RESISTENCIAS A LA INTERPRETACIÓN
DE LAS EXPERIENCIAS FEMENINAS EN LA
MOVILIZACIÓN FEMINISTA ESTUDIANTIL**

**“NEITHER BAD THOUGHTS, NOR HYSTERICAL, NOR CRAZY”:
ON RESISTANCE TO THE INTERPRETATION OF FEMALE
EXPERIENCES IN FEMINIST STUDENT MOBILIZATION**

MÓNICA MOLINA TORRES¹

“...si una cultura no ha podido evitar que la satisfacción de cierto número de sus miembros tenga por premisa la opresión de otros (...) es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura que ellos posibilitan mediante su trabajo, pero de cuyos bienes participan en medida sumamente escasa”

“Una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta, no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece”

El porvenir de una ilusión (Freud, 1927/1992, p.12).

Resumen

El presente año ha quedado marcado por las movilizaciones feministas de estudiantes de una serie de universidades a lo largo del país. En línea con las masivas denuncias de situaciones de acoso sexual y

las demandas por una educación no sexista, el movimiento se caracterizó por el señalamiento a nivel público de las más diversas formas de violencia de género a las que las mujeres chilenas se enfrentan por la vía de publicación de testimonios y compartir experiencias individuales a nivel colectivo en asambleas separatistas y círculos de mujeres.

En este artículo se analizarán los discursos experienciales sobre violencia de género durante las movilizaciones del movimiento feminista de mayo 2018, recogidos mediante observación participante. El análisis se hará principalmente mediante categorías psicoanalíticas, bajo una perspectiva feminista. Una de las hipótesis centrales gira en torno a la noción de resistencia como acto político frente a ciertas formas de violencia simbólica y de género que acontecen en los espacios académicos. A través de este análisis, se espera situar a la psicología clínica respecto de la violencia de género y las posibilidades de transformación social.

Palabras Claves

Movimiento feminista chileno, violencia de género, resistencia, clínica psicoanalítica, subjetivación.

1 Psicóloga, Universidad de Chile. Mg © Psicología Clínica de Adultos (línea psicoanálisis), Universidad de Chile. Becaria CONICYT (CONICYT-PFCHA/MagisterNacional/2017-22171749). Contacto: monica.molina@ug.uchile.cl

Abstract

This year has been marked by the feminist mobilizations of students from a series of universities throughout the country. In line with the massive complaints of situations of sexual harassment and the demands for a non-sexist education, the movement was characterized by the public signaling of the most diverse forms of gender violence to which Chilean women face via to publish testimonies and share individual experiences at a collective level in separatist assemblies and women's circles.

In this article we will analyze the experiential discourses on gender violence during the mobilizations of the feminist movement of May 2018, collected through participant observation. The analysis will be done mainly through psychoanalytic categories, under a feminist perspective. One of the central hypotheses revolves around the notion of resistance as a political act against certain forms of symbolic violence and gender that occur in academic spaces. Through this analysis, it is expected to place clinical psychology with respect to gender violence and the possibilities of social transformation.

Keywords

Chilean feminist movement, gender violence, resistance, psychoanalytic clinic, subjectification.

Fecha de recepción: 24 de octubre de 2018.

Fecha de aprobación: 11 de diciembre de 2018.

Introducción

En mayo de 2018, varias facultades de universidades chilenas comienzan a ser tomadas bajo consignas feministas. La mayoría de las tomas fueron de carácter separatista². Se argumentaron aspectos de seguridad, considerando que fueron situaciones de acoso, abuso sexual y violación en el contexto estudiantil lo que motivó las

movilizaciones. Sin embargo, es plausible identificar en ese gesto también un acto político respecto de su posición en la academia debido a su condición de género. En ese sentido, aunque la consigna del Mayo Feminista fue “educación no sexista”, el hecho de tomarse el espacio de la academia parecía dar cuenta de otras formas en que el sexismo se filtraba en las aulas y en la producción de conocimiento, cuestionando así las lógicas de poder de un espacio tradicionalmente asociado a patrones patriarcales.

Las tomas, sobre todo por su carácter separatista, generaron molestia en la comunidad académica, mayoritariamente en sus actores varones. Las jóvenes fueron criticadas por un estamento que, a lo menos en la Universidad de Chile, había sido partidario de la manifestación, la crítica y la transformación social. En algunos casos, la toma también genera sorpresa, ya que se entendía en otros contextos de movilización³ como una última medida de presión, una vez que el diálogo no había sido posible y que en esta situación, no sería el caso. En un entorno de supuesta apertura al diálogo, emergían preguntas sobre qué elementos habrían impulsado la revuelta feminista de las estudiantes, y más aún, por qué la crítica a la violencia de género estimó necesario ocupar el “último recurso”.

Este trabajo corresponde a una investigación de tipo cualitativa, realizada mediante observación participante y tiene por objetivo analizar los discursos de las estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales [FACSO] de la Universidad de Chile, en el contexto de tomas y movilizaciones del movimiento feminista estudiantil de 2018, y particularmente en lo referente a las experiencias sobre la violencia de género vivenciada. El análisis se realizó a la luz de conceptos teóricos provenientes de la clínica psicoanalítica, bajo una perspectiva feminista, con el fin de complejizar la reflexión que se ha llevado a cabo hasta hoy.

3 Mayoritariamente en lo que respecta a problemas internos de facultad, o bien en lo que respecta a luchas económicas y/o clase. Para el caso de la FACSO, destaca el hecho de que hace varios años no habían habido tomas de Facultad. Por lo general, tanto las autoridades como el cuerpo docente de ésta, se mostraban a favor de la reivindicaciones por las que luchaban los y las estudiantes, de ahí que la toma no era necesaria.

2 Sólo mujeres.

Se hace necesario profundizar en una reflexión teórica desde la clínica psicoanalítica bajo una perspectiva feminista, debido a la relevancia que subyace en el hecho de que la psicología clínica parece haber mantenido cierta distancia respecto a los procesos políticos y desigualdad social, particularmente en lo que respecta a la violencia de género. Con tal de distanciar este artículo de esa posición, se recurre a una serie de conceptos extraídos desde la clínica psicoanalítica, con tal de aprovechar la riqueza de éstos y aportar así, desde la particularidad de la disciplina, a la comprensión de los procesos subjetivos implicados en los gestos políticos puestos en juego durante las movilizaciones feministas estudiantiles. Es decir, se utilizarán insumos de la clínica al servicio de la reflexión feminista y de la lucha social. Con ello, se espera incentivar la toma de posición de la psicología clínica respecto de formas de desigualdad social comúnmente relegadas, como es el caso de la violencia de género.

Luego de hacer referencia a la metodología utilizada, el desarrollo de este artículo partirá con una contextualización histórica del movimiento feminista estudiantil de este año, destacando algunos elementos que le caracterizaron, como es el uso del testimonio y la develación de la violencia ante situaciones de acoso. Posteriormente, se analizará la experiencia femenina en un contexto de violencia de género, bajo la clave teórica de la violencia de la interpretación, haciendo referencia a los comentarios que se daban de manera más recurrentes en conversaciones informales principalmente entre estudiantes, y entre estudiantes y docentes. Después se recurre al concepto de resistencia para leer como un gesto político significativo la perseverancia de las estudiantes en su propia experiencia, ante la persistencia en la negación de la violencia. A continuación, se propone una lectura del movimiento y de la posición de las estudiantes bajo el concepto de procesos de subjetivación, a propósito de sus gestos de resistencias. Se concluirá con una reflexión sobre el aporte que la psicología clínica podría hacer al cambio social.

Metodología

En esta investigación se utilizó una metodología cualitativa, ocupando observación participante como técnica de recolección de datos, específicamente la de tipo participación completa (Spradley, 1980). El material producido corresponde a las notas de campo de la investigadora escritas durante el primer semestre de 2018 en el contexto del movimiento feminista estudiantil a nivel nacional, particularmente en función de las observaciones realizadas durante el periodo de movilizaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la U. de Chile.

El objeto de estudio fueron los discursos de las estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Chile, los cuales circulaban bajo la forma de consignas de la movilización, intervenciones en asambleas y conversaciones entre distintos miembros de la comunidad (entre estudiantes, y entre docentes y estudiantes). Las descripciones de ciertas experiencias, las frases, consignas y discursos recuperados a partir de las notas de campo, esperan reconstruir las voces colectivas durante las movilizaciones. Este material fue analizado principalmente mediante conceptos provenientes de la clínica con enfoque psicoanalítico, ocupados desde una perspectiva feminista.

Desarrollo

Contextualización de la tercera ola feminista en Chile: el acoso como experiencia femenina⁴ y sus testimonios.

A fines del año 2013, se funda en Chile el Observatorio contra el acoso callejero [OCAC]⁵, organización que pone en cuestión una forma de violencia de género históricamente naturalizada en la cultura chilena, como era el acoso sexual en los espacios públicos. A través de una plataforma virtual, inicial-

4 Bajo esta idea se tiene en consideración a mujeres heterosexuales, lesbianas y mujeres trans.

5 Como dato anecdótico, cabe señalar que esta organización fue fundada por un grupo de jóvenes en ese entonces estudiantes egresadas de la carrera de sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

mente una página de Facebook, constituyen un espacio donde miles de mujeres encuentran la posibilidad de publicar sus experiencias de acoso que iban desde el relato del malestar vivenciado ante los “piropos”, hasta francos casos de abuso sexual. Sobre el medio utilizado, ya ha sido descrito cómo las nuevas tecnologías de la comunicación estimulan la participación y posibilidades de expresión de grupos históricamente oprimidos (Castells, 2003).

Así, hasta entonces, la vivencia femenina del fenómeno del acoso en los diversos espacios de la esfera pública quedaba marcada por el carácter de lo anecdótico, y su relato quedaba relegado, en el mejor de los casos, a conversaciones íntimas en la esfera de lo privado. La constitución de una organización como OCAC –cuyo nombre demuestra un claro posicionamiento de denuncia sobre una determinada forma de violencia de género sistemáticamente naturalizada- habla de la apertura al reconocimiento de una experiencia de opresión y se propone como un hito fundamental⁶ para el movimiento feminista estudiantil de este año. Así, en los albores del movimiento feminista, se habilitó un espacio en donde mujeres jóvenes lograron colectivizar el malestar resultante de las diversas experiencias de violencia marcadas por el género. Con esto, se podría plantear, el feminismo chileno saldría del silencio al que supuestamente habría quedado relegado tras la llegada a la democracia (Ríos, Godoy & Guerrero, 2003).

En los años que siguen a la creación de OCAC, tanto a nivel nacional como internacional, comienzan a masificarse las denuncias de acoso sexual en los distintos espacios en los que actualmente se desempeñan las mujeres (el movimiento #MeToo constituye un ejemplo notable). No tratándose, sin embargo, de un proceso de denuncias a nivel judicial, sino también de denuncia a nivel social, intensificándose y popularizándose los

esfuerzos por visibilizar las más diversas formas de violencia simbólica y violencia de género a las que sistemáticamente las mujeres se enfrentaban en su cotidiano, sobre todo de aquellas que no dejan huellas visibles y que, por lo tanto, tienden a ser desmentidas o negadas.

Esos esfuerzos por visibilizar los abusos sistemáticos marcados por la variable género, quebrantó el silencio tradicionalmente aceptado en las industrias dominadas por los hombres (Dávila-Ruhaak, 2018). Por supuesto la academia, un espacio tradicional y hegemónicamente masculino, no tendría por qué ser la excepción. El año 2016 fue particularmente álgido para la Universidad de Chile por las denuncias de acoso sexual (Ossandón & Tenorio, 27 de diciembre de 2016). Pero no sólo lo fue por el develamiento de una situación de esa índole, sino porque se develan las desigualdades y el doble estándar de destacados académicos cuando el problema y la crítica refiere a cuestiones de género. Emblemático es el caso del historiador Gabriel Salazar, reconocido académico con una trayectoria de apoyo a la movilización social, y cuyas enseñanzas marcaron de manera importante a la generación que protagonizó el Movimiento Estudiantil de 2011 (e incluso a las mismas jóvenes cuyas propuestas dan forma a la ola feminista de 2018). Pero que ante las denuncias por acoso sexual en la universidad, él mismo se refiere a las estudiantes que alzaron la voz: “Yo las veo muy pintiparadas (...) nos las vi muy destruidas psicológicamente. Los que sí están destruidos son los dos profesores acusados (...) Yo no sé si un acoso estúpido da para la pérdida que se produjo por esto (la destitución de ambos)” (El Mostrador, 27 de diciembre 2016).

Tal como queda ejemplificado, con lo acontecido luego de los procesos de denuncias y de visibilización de la violencia, las estudiantes se han enfrentado históricamente con una serie de resistencias de las élites intelectuales que se traducen en la relativización, minimización o franca ridiculización de la experiencia de la violencia de género y los intentos por subvertirla.

Uno de los rasgos característicos del movimiento feminista de los últimos años, tanto a nivel nacional como internacional, tiene que ver con el uso del

6 Esta tesis también ha sido señalada en los medios de comunicación. Ver “Feminismo en Chile: Las organizaciones de mujeres que han impulsado el movimiento”, Disponible en: Emol.com -<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2018/06/06/908785/Recorrido-historico-por-el-feminismo-chileno-Como-se-gesto-el-movimiento-que-hoy-volvera-a-marchar-por-la-Alameda.html>

testimonios donde se relatan las experiencias de violencia. Esto no es trivial ya que, de hecho, el testimonio como género literario en Latinoamérica se ha caracterizado por su función de permitir a los sujetos (*las sujetas*) narrar sus propias experiencias como parte de un proyecto explícitamente social y político, que demanda un cambio social y busca evocar en *los lectores* una confrontación consigo mismos, en sus acciones y su inacción ante situaciones de violencia (Nance, 2001). Los testimonios de las estudiantes, sin pretender deliberadamente inscribirse en dicho género literario, cumplen con las características políticas de éste. A través de sus testimonios, parecen poner en juego una cuestión de orden político, de resistencia ante la negación de su opresión, insistiendo en llevar a lo público aquellos malestares y haciendo con eso posible el reconocimiento de una experiencia de opresión compartida con sus semejantes.

¿Siendo mal-pensadas?: sobre la violencia de la interpretación.

Para pensar las resistencias que las estudiantes encuentran particularmente al interior del mundo académico, de una universidad reconocida por su carácter de crítica social, resulta sugerente la noción de violencia de la interpretación de Piera Aulagnier (2007). La autora distingue dos tipos de violencia a las que se enfrenta todo/a sujeto/a en su proceso de constitución psíquica. Existiría una violencia primaria, que consiste en una acción mediante la cual se le impone a la psique una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo de quien lo impone. Esto constituiría una primera violación del espacio psíquico, pero que sería necesaria con tal de nombrar las primeras experiencias corporales e inscribir a los/las sujetos/as en la cultura. En ese sentido, constituye un gesto que va en beneficio de la constitución de un Yo, y que insertan a sujetos y sujetas en el campo del lenguaje. Por lo tanto, sería una violencia estructurante. Para el caso de las estudiantes, precisamente por su condición de estudiantes de una Facultad de Ciencias Sociales, una primera violencia estructurante de la academia sería necesaria en tanto les provee en un primer

momento de una serie de herramientas para pensar las desigualdades sociales, la opresión y la violencia; así como también insumos para pensar la movilización social. Mediante una violencia estructurante, las estudiantes encuentran los insumos para pensar una lucha contra una violencia de orden estructural, como lo es la violencia de género.

Además, existiría una violencia secundaria, la cual se define en función de que la persistencia en la interpretación se presenta más allá de lo necesario. Esta forma de violencia, resulta ser tan masiva como persuasiva, y se justifica como necesaria y natural, de modo que se hace difícil que los/las mismos/as sujetos/as puedan reconocerla como tal (Aulagnier, 2007). La persistencia de la academia en interpretar la experiencia de las estudiantes, particularmente respecto de sus experiencias de opresión y exclusión en el contexto académico, bien podrían estimarse como una forma de violencia al modo que lo plantea Aulagnier (2007). Por cierto, la línea en que caben las interpretaciones que se les solía imponer a las estudiantes sobre su experiencia en el mundo académico, podrían inscribirse también bajo la noción de violencia simbólica de Pierre Bourdieu (2000), particularmente en función de la dominación masculina. Así, por ejemplo, los señalamientos de las estudiantes respecto a la baja presencia de docentes mujeres en ciertos espacios, son rápidamente justificados por las “decisiones personales”, donde parece que las mujeres “no prefieren la teoría”. O, casos más dramáticos, en que las acusaciones de las estudiantes respecto a situaciones de abuso de poder o de acoso, se ridiculizan y quedan bajo el espectro de “ponerle color” (también una caracterización propiamente “femenina”); o simplemente se les infantiliza como sujetas.

Tal como señala Aulagnier (2007), en el contexto de una violencia en la interpretación, el Otro impone un discurso bajo la pretensión de un saber algo de lo que, en realidad, no tiene conocimiento alguno, y que persistir en esa pretensión, implican un abuso de poder injustificado. Esta pretensión fue actuada sistemáticamente por parte de los docentes, respecto de las vivencias personales de las estudiantes, deslizándose en conversaciones entre docentes (principalmente varones) y estu-

diantes (principalmente mujeres), pretensiones de saber sobre las vivencias afectivas y los modos “correctos” de enfrentar la violencia de género. Así, ellos pretendían saber cómo enfrentar las bromas sexistas en el aula, cómo abordar la devaluación de áreas del conocimiento y de temáticas de investigación “propiamente femeninas”, cómo debiesen afrontar la angustia ante el temor de expresarse libremente en el aula, y cómo debiesen significar las implicancias subjetivas y simbólicas de no contar con más docentes mujeres.

Ante tales formas de violencia, se logra comprender el gesto de una toma separatista que tanto llama la atención del cuerpo docente (sobre todo de varones). Esta medida, que sólo se justificaba “como último recurso”, fue el último recurso disponible ante la resistencia de la academia a la escucha. Se comprende también el gesto simbólico de apropiación de un espacio en el que históricamente se sentían ajenas. Tal como dice Aulagnier (2007) en toda re-actualización de la violencia, se infiltra el deseo del Otro de preservar un status quo, de no modificación de un estado de dependencia, y de no aceptación de que sus propios enunciados puedan ser cuestionables. Los reiterados *mansplaining*⁷ durante los primeros días de la toma, sobre la experiencia de violencia de género, los movimientos sociales y el feminismo parecían los últimos intentos desesperados por abandonar una posición de enunciación, así como una resistencia a des-infantilizar a las estudiantes.

Pero, más allá de lo que acontece luego de las movilizaciones feministas, los efectos a nivel psíquico de tales formas de violencia fueron profundos. Hasta antes de los primeros hitos que echarán a andar las movilizaciones feministas, ante las más variadas situaciones de violencia de género en su cotidiano, lo más frecuente para las estu-

diantes era pensar “quizás le estoy poniendo color” o “quizás estoy siendo *mal-pensada*”, por ejemplo, ante la intuición de que en determinada situación se estuviese pasando a llevar su intimidad. La idea del “mal-pensada” resulta paradigmática respecto a la desconfianza en la propia vivencia, marcada por una introyección de los discursos hegemónicos respecto de lo femenino. Se podría incluso hablar de una fragmentación del lazo social producto de la violencia de género sistemática, en tanto logró dañar la relación de ellas consigo mismas, las relaciones con los otros y su relación con la cultura.

Ante tal estado de cosas, la posibilidad de compartir sus vivencias en colectivo, el cual a su vez se reconoce igualmente en esas vivencias, fue una estrategia fundamental para subvertir los modos de violencia ya descritos, al confrontar mediante su movilización a lo hegemónico, a aquello hasta entonces presentado invariablemente como “lo legítimo”, “lo verdadero” y “la realidad”. En ese compartir colectivo, se refuta y se resiste el discurso hegemónico, impuesto mediante la violencia de la interpretación, y se comienza a avalar la propia experiencia subjetiva (tanto individual como colectiva).

En la FACSÓ sí hay violencia de género: resistencias y resistencias a la resistencia.

En psicología clínica, el concepto de “resistencia” podría remontarse a la tradición psicoanalítica. En su Diccionario de Psicoanálisis, Laplanche & Pontalis (2004) definen resistencia como “...todo aquello que, en los actos y palabras del analizado, se opone al acceso de éste a su inconsciente” (p.384). Los autores también hacen referencia a cómo el mismo Freud utilizó el concepto de resistencia para designar una oposición a la disciplina psicoanalítica, en tanto sus proposiciones “...revelaban los deseos inconscientes e infligían al *hombre* una ‘vejación psicológica’” (Laplanche & Pontalis, 2004, p.384).

Desde esa perspectiva, la resistencia es comprendida bajo la lógica de un punto ciego - sea para el analizando, para el analista o para la sociedad- pero siempre una nebulosa que debiese ser disipada (Canavez & Herzog, 2011). En el caso de las movilizaciones, la academia parecía claramente resistirse

7 *Mansplaining*: Neologismo que refiere la tendencia de los varones a explicarle a las mujeres cuestiones que no se les ha preguntado, de manera condescendiente y con pretensiones de saber por sobre ella. Ver “*Mansplaining*: el hábito de los hombres de explicar lo que no se les ha preguntado”. Disponible en <https://www.elmostrador.cl/braga/2017/03/03/mansplaining-el-habito-de-los-hombres-de-explicar-lo-que-no-se-les-ha-preguntado/>

a los señalamientos de las estudiantes. Pero la situación era aún más compleja, ya que miembros/as de la comunidad académica se resistían incluso a reconocer que se estaban resistiendo a problematizar la violencia de género y el abuso de poder en *sus* espacios. Para una elite académica, acostumbrada a reconocerse a la vanguardia de la crítica de las estructuras de poder y a favor de la emancipación de *los sujetos*, le sería difícil reconocerse como reproductores de una estructura abusiva. Tal como reconoce un docente (varón) en una asamblea biestamental en un momento cercano al fin de las movilizaciones, “para nosotros es difícil reconocernos como posibles opresores, cuando siempre nos representamos como revolucionarios, críticos al orden establecido”.

En este caso, se trata de resistencias que necesitan ser vencidas con tal de producir una estructura distinta, y cuya disipación era condición para alcanzar los fines políticos del movimiento, sobre todo cuando éste tiene a su vez como condición el reconocimiento de la violencia por parte de la institucionalidad. Cabría retomar la observación sobre si acaso el movimiento exigía el último recurso, como es la toma, cuando en teoría se tenían todas las condiciones para el diálogo. Fue necesaria la toma de *sus* espacios, restarlos de su lugar, para forzar en un primer momento este reconocimiento.

Tal como señalan Canavez & Herzog (2011), para la clínica psicoanalítica es necesario diferenciar entre las resistencias en una clave sintomática y las resistencias como gesto político. El primer caso podría corresponderse más del lado de la academia que se revuelve contra la movilización feminista, y que devela -podríamos teorizar- algo de sus propias nebulosas respecto a la problemática de género y sus nociones de lo femenino. Para el caso de las estudiantes, la resistencia podría corresponderse más bien como un gesto político.

Desde esa perspectiva, la resistencia que erigen las jóvenes constituye un acto legítimo ante la insistencia de someter a los/las sujetos/as ante sus propias verdades impuestas como universales. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921/1992) recuerda: “Si un enfermo no se mostraba obediente, le espetaban: «¿Qué hace usted, pues? ¡Usted se está contra-sugestionando!». Me dije entonces

que eso era una manifiesta injusticia y un acto de violencia. Sin duda alguna, el sujeto tenía derecho a ‘contra sugestionarse’ cuando se intentaba someterlo con sugerencias” (p.85), sugerencias que pudiesen ser leídas como discursos que pretendiese explicarlo todo, sin someterse a escrutinio alguno. El conflicto médico-paciente que describe Freud, podría ser extensible al conflicto academia-estudiantes, a las cuales se les intenta ‘sugestionar’ respecto de una serie significaciones e imposiciones sobre lo que constituía la “verdadera” “realidad” de la academia; y donde la resistencia, mediante la “contra-sugestión”, no solo constituye un acto legítimo, sino que constituye un gesto de afirmación de su condición de sujetas.

Esta forma de plantear la resistencia nos conduce a la problemática misma de la relación entre el/la sujeto/a y el Otro. Esa relación estaría marcada por dos tiempos lógicos, aquel de la alienación y aquel de la separación (Lacan, 1964/2006). Es interesante que el mismo Lacan sitúe precisamente el problema de la sexuación y lo reproductivo en este campo: las directrices de lo que hay que hacer como hombre o como mujer se sitúan en una trama ubicada en el campo del Otro (Lacan, 1964/2006), y por lo tanto, son conflictivas que marcan el tiempo lógico de la alienación. Por esto, aquel segundo tiempo, el de la desalienación, es de la mayor relevancia para el fenómeno en cuestión. Es en ese segundo tiempo que el/la sujeto/a encuentra una falla en el discurso del Otro, siendo ahí donde se desliza el deseo, y en esa falta es que el/la sujeto/a se puede situar como agente (Lacan, 1964/2006). Es en la actualización de ese segundo tiempo donde parece inscribirse las movilizaciones feministas: es cuando las jóvenes descubren las fallas y las contradicciones en el discurso de los/las académicos/as es que se abren las condiciones de posibilidad para la emancipación y la lucha por el cambio social.

El proceso de separación además tendría que ver también con la instalación de la diferencia, y por ende de una fuerza de la singularidad de la experiencia (en este caso, la femenina). En ese sentido, los procesos de desalienación se inscriben en una concepción subversiva de la resistencia frente a los intentos totalizantes y homogeneizantes (Canavez

& Herzog, 2011) que, para ese caso, correspondería a aquellos actores del mundo académico que sostienen bajo la pretensión de verdad lo que ha implicado para las jóvenes estudiantes el “ser mujer” en un contexto académico, y que sin duda marca las singularidades de una experiencia cotidiana. Es más, justamente a través de la resistencia a los discursos totalizantes que se hace posible fundar nuevos lugares de enunciación que demandan legitimidad, un reconocimiento de experiencias y vivencias en la aceptación de una heterogeneidad (Rosa & Poli, 2009) que, en este caso, correspondería a la particularidad de lo que implica habitar la academia para las mujeres.

En ese sentido, la resistencia puede concebirse como un espacio particular de producción del sujeto/a (Canavez & Herzog, 2011), y cabría entonces indagar en qué consiste la particularidad de las experiencias de las mujeres en el cotidiano de los ámbitos académicos. Pretender saberlo de antemano, o simplemente borrar la diferencia que implica para hombres y mujeres situarse en ese lugar, podría terminar incentivando la violencia en sus formas más sutiles.

Desde esta perspectiva, podrían pensarse las acciones de resistencia de las jóvenes como una afirmación de su propia subjetividad, de su condición de sujetas hablantes y ya no meros objetos que son hablados por la teoría y por la academia. Aparece entonces la resistencia como un acto político que marca un tiempo distinto, cada vez que se les cuestiona la violencia que han experimentado, ellas declaran “yo no le estoy poniendo color”, “no es que yo sea *mal-pensada*”, “yo no estoy loca”. Al asumir ese lugar de enunciación, las jóvenes desestabilizan aquellas insignias simbólicas que tradicionalmente se les habían asignado por su condición de género (el “color” y la histeria, la duda, la exageración, la insensatez, la irracionalidad). Aquí, cabe destacar que las estrategias que los y las sujetos/as no deben ser entendidas ni reducidas a los recursos psíquicos de cada individuo; deben ser, por sobre todo, comprendidas como modos colectivos y discursivos de organizar su posición en relación a sí mismos/as, a los/las demás y al Otro (Rosa & Poli, 2009).

Las estudiantes como colectivo, mediante una

resistencia a nivel del discurso, subvierten un orden de verdad que las invisibilizaba y las infantilizaba, y cuya única posibilidad era la adaptación a discursos hegemónicos sobre la feminidad y sobre lo político. Aquí, el uso de la consigna “la revolución será feminista o no será” como marca a la entrada de una Facultad de Ciencias Sociales (marcada por ideales de izquierda) adquiere la mayor relevancia como señal de resistencia a las interpretaciones impuestas sobre lo que una joven debiese vivenciar en la academia, de lo que la movilización social, el feminismo y la revolución debiesen ser.

“¿Por cambios profundos y radicales⁸?”: Sobre las posibilidades de subjetivación.

El concepto de subjetivación puede ser leído desde varias perspectivas. Algunas destacan la condición de sujeción de sujetos y sujetas a una estructura, mientras que otras buscan resaltar las posibilidades resistencia y de emancipación en un horizonte político (Blackman, Cromby, Hook, Papadopoulos & Walkerdine, 2008). Para los fines de este artículo, es de interés esta última concepción.

Ese modo de pensar la subjetividad, que pone su énfasis en las posibilidades de liberación de las sujeciones, es leído siempre como un proceso, por lo que se suele utilizar más bien el concepto de subjetivación para connotar así la idea de un proceso, siempre inacabado. En la línea, Etienne Tassin (2012) propone una hay una distancia entre sujeto y subjetivación, siendo el primero un estado; y, el segundo, correspondería a un proceso. Vista así, la subjetivación no se estabilizaría bajo la forma de “sujeto”, sino que aludiría a “...un extraño ‘llegar a ser sujeto’ incesantemente diferido, el devenir inacabado del sujeto (y no su acabamiento), o incluso el devenir sujeto en el no acabamiento de sí” (Tassin, 2012, p.37). Por lo tanto, para el autor la subjetivación es también la producción de una desidentificación, de un sí mismo difiriendo ince-

8 “Por cambios profundos y radicales” es parte de un canto con el cual se identifica la FACSOS, comúnmente cantado durante las marchas, y que sin duda espera reflejar su espíritu a favor de la crítica y la transformación social.

santemente de sí. En ese sentido, y entendiendo ese sí mismo como en estrecha relación con aquello que es impuesto desde fuera, la subjetivación está en estrecha relación con lo previamente señalado sobre el encuentro con la falla del otro y a una resistencia a identificarse con la identidad simbólica que el Otro comanda (Mati, 2014).

En esa línea y considerando el objeto de estudio, resulta interesante el concepto de subjetivación política propuesto por Jacques Rancière. El autor se refiere a la vivencia de los obreros en el siglo XIX, rescatando y dando una relevancia fundamental al uso de los espacios y tiempos para la realización de actividades que no son propias de la condición de obreros: escribir, pensar y hablar, y la ruptura con sus actividades cotidianas sientan las bases para su constitución como sujeto político (Rancière, 1981, en Sandoval, 2016). Es cuando sujetos y sujetas logran distanciarse de su condición habitual para ocuparse de otras cosas, es que nos introducimos en el terreno de la subjetivación, es decir, en un proceso de constitución de sujetos/as políticos/as.

En ese sentido, una toma feminista de carácter separatista fue crucial a nivel subjetivo, más allá del gesto político en sí mismo. Es en ese hacer distinto de lo que es indicado según una determinada jerarquía social, que podríamos situar un proceso de subjetivación. Sin embargo, el inicio de ese gesto de tomarse un tiempo y un espacio podría situarse históricamente incluso algunos años antes. Teniendo a su disposición las nuevas tecnologías de la comunicación, particularmente el uso de redes sociales y las nuevas configuraciones espacio-tiempo que de ahí se desprenden, cabría analizar cómo su uso para publicar y compartir masivamente sus experiencias y testimonios, así como la posibilidad de ponerse en relación con otras jóvenes, habilitó o favoreció procesos de subjetivación política. Si se les considera de esa manera, habría sido desde mucho antes que los movimientos hacia una subjetivación política se hacen posible: cuando comienzan a irrumpir en el espacio público los incontados (*las incontadas*), -es decir, un grupo que naturalmente no era contabilizado en los asuntos comunes- y se instala el conflicto al hacerse contar como parte (Rancière en Sandoval, 2016).

El *tomarse* un tiempo y un espacio para hablar y compartir experiencias constituye un elemento fundamental para la subjetivación política de las estudiantes. Esto, apoyado por un contexto socio-histórico y político que allanó el terreno para que procesos de subjetivación encontrasen un espacio. En ese sentido, la toma de los espacios académicos está lejos de limitarse a la apropiación de un espacio físico, sino que habilitó un tiempo y una articulación, la posibilidad de construir un discurso que ya no remita a la suma de experiencias individuales, sino al reconocimiento de una experiencia colectiva de opresión. Con ello, se posibilita el avance hacia un trabajo de elaboración que permitiese pensar y poner en palabras un malestar antes difuso, manifestado como “dolores de guata” y angustias al hablar (que incluso estudiantes varones reportan al reconocerse inmersos en lógicas patriarcales, donde claramente ellos incluso siendo varones, no ocupan un lugar hegemónico)- vivencias corporales que fácilmente podían caer en una responsabilización de los recursos psíquicos individuales, en vez de reconocer que en el aula se colaban lógicas patriarcales.

Tal como señala Rancière (2014), la emancipación exige vivir en varios tiempos a la vez: las formas de subjetivación por las cuales individuos/as y colectivos toman distancia frente a los imperativos de su condición, son a la vez rupturas en el tejido sensible de la dominación y en las maneras de vivir en sus marcos. Ahí, las nuevas tecnologías de la comunicación que marcan un punto fundamental en la constitución de esta ola feminista, podrían jugar como aliadas en generar esos espacios, o como obstáculos cada vez que tienden a capitalizar los/las recursos de los y las sujetos/as en función de las lógicas productivas.

A varios meses ya de haber terminado con las movilizaciones, cabe pensar en el devenir de los procesos de subjetivación política iniciados. Y, en ese devenir, será decisivo el abordaje de los desafíos particulares a los cuales se enfrenten en su intento de inscribir la lucha política en lo cotidiano. Teniendo en cuenta las características estructurales de una época neoliberal que favorece la producción al menor costo posible, en el menor tiempo posible, y donde las nuevas tecnologías de la comunicación

obligan a sujetos y sujetas a estar invariablemente disponibles, el tiempo se vislumbra como un factor crucial.

Conclusión y reflexiones finales

Retomando la pregunta que orientó esta reflexión, cabe destacar la gran utilidad que ha reportado el uso de conceptos provenientes de la clínica psicoanalítica para pensar el movimiento feminista de mayo de 2018. En ese sentido, la presente apuesta sobre procesos subjetivos que pudiesen estar en juego en la acción política ofrece la oportunidad a la psicología clínica de aportar desde la particularidad de su campo disciplinar, a las transformaciones sociales y políticas. Así, se da cuenta de la factibilidad de pensar la clínica como un quehacer con el padecer humano, que trasciende al *setting* y a los dispositivos clínicos tradicionales. Los insumos conceptuales de la clínica, tal como se intentó en este artículo, pueden ser útiles para pensar posibilidades de acompañar procesos de subjetivación del malestar, subvertir las lógicas de dominación, y posibilitar la emancipación de sujetos y sujetas.

Pensar la clínica de este modo, asociándola a los movimientos sociales, a las luchas colectivas y sus posibilidades de resistencia, nos confronta con la pregunta sobre una ética profesional respecto del posicionamiento que debiese tomar la disciplina ante las diversas formas de opresión de sujetos y sujetas. Así como ante el relato de una situación de violencia que un/a paciente nos pudiese relatar en terapia, es nuestro deber tomar una posición; también correspondería tomar una posición firme ante las violencias de orden estructural y las desigualdades sociales.

Ese es el compromiso que una escuela de psicología debiese asumir al estar inscrita en una Facultad que apunta a cambios “profundos y radicales”. Vista así, la psicología clínica ya no puede limitarse a un mero develamiento y corroboración de la violencia cuando aborde las problemáticas de género, ni pensar a las mujeres simplemente como víctimas. Quedarse en eso diluiría todo el potencial político y de transformación social que dicha disciplina pudiese aportar, ya sea identificando las consecuen-

cias a nivel psíquico de esas formas de violencia, así como contribuir a la visualización de posibilidades de emancipación de estructuras sociales opresoras.

Cabe señalar que eso pasa también por un ejercicio de reflexión crítica sobre las nociones de género que maneja la psicología, que mediante sus diversas claves teóricas, no es poco frecuente que termine promoviendo naturalizaciones y esencialismos sobre la mujer (singular, a propósito) y lo femenino. Por ejemplo, aquellas que ensalzan lo femenino y que lo toman como un eterno universal, alejándolos aún más de un horizonte político, feminista, que permita subvertir una estructura machista y patriarcal.

Referencias

- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación. De pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Blackman, L., Cromby, J., Hook, D., Papadopoulou, D. & Walkerdine, V. (2008). Creating subjectivities. *Subjectivity*, 22, 1-27.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Canavêz, F. & Herzog, R. (2011). De Freud a Deleuze: os descaminos da resistência. *Paidéia*, 21 (48), 111-118.
- Castells, M. (2003). *La era de la información, Vol. II*. Alianza Editorial.
- Dávila-Ruhaak, S. (8 de marzo, 2018). Reframing sexual harassment as gender-based violence: the value of a rights framework. *Open Global Rights* [En línea]. Disponible en <https://www.openglobalrights.org/reframing-sexual-harassment-as-gender-based-violence-the-value-of-a-rights-framework/?lang=English>
- Freud, S. (1921/1992). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*, XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1927/1992). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas*, XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- El Mostrador (27 de diciembre, 2016). Repudio a Gabriel Salazar en redes sociales por calificar de “acoso estúpido” abusos sexuales en la Universidad. *El Mostrador* [En línea]. Disponible en <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/12/27/repudio-a-gabriel-salazar-en-redes-por-calificar-de-acoso-estupido-abusos-sexuales-en-la-universidad-de-chile/>
- El Mostrador Braga (3 de marzo de 2017). Mansplaining: el hábito de los hombres de explicar lo que no se les ha preguntado. *El Mostrador* [En línea]. Disponible en <https://www.elmostrador.cl/braga/2017/03/03/mansplaining-el-habito-de-los-hombres-de-explicar-lo-que-no-se-les-ha-preguntado/>

- Lacan J. (1964/2006). El campo del Otro, y retorno a la transferencia. *El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (2004). Resistencia. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Mari, R. (2014). In search of defiant subjects: resistance, rebellion, and political agency in Lacan and Marcuse. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 19 (3), 297-314.
- Nance, K. (2001). Disarming testimony: speakers' resistance to readers' defenses in latin american testimonio. *Biography*, 24 (3), 570-587
- Organización de las Naciones Unidas (1993). Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. Disponible en <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/violence-againstwomen.aspx>
- Ossandón, C. & Tenorio, J.T. (27 de diciembre, 2016). Sexo, mentiras y denuncias: la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y los casos de acoso y abusos. *El Mostrador* [En línea]. Disponible en: <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/12/27/sexo-mentiras-y-denuncias-la-facultad-de-filosofia-y-humanidades-de-la-universidad-de-chile-y-los-casos-de-acoso-y-abusos/>
- Rancière, J. (2014). ¿Ha pasado el tiempo de la emancipación? *CALLE14*, 9(13), 14-27.
- Ríos, M., Godoy, L. & Guerrero, E. (2003). *¿Nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Rosa, M. & Poli, M. (2009). Experiência e linguagem como estratégias de resistência. *Psicologia & Sociedade*, 21, 5-12.
- Sandoval, M. (2016). Subjetivación política de los estudiantes chilenos. *Amnis*, 15 [En línea]. Disponible en <https://journals.openedition.org/amnis/2840>
- Spradley, J. (1980). *Participant observation*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Tassin, E. (2012). De la subjetivación política. *Revista de Estudios Sociales*, 43, 36-49.